

***Rezo para que en usted se realice la
VOLUNTAD DE DIOS***

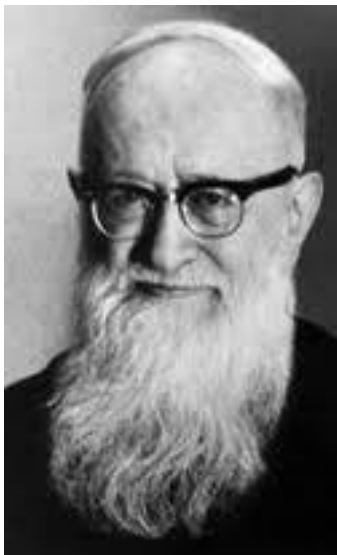


HIJO, ¿VAS CONMIGO? SI PADRE, VAMOS CONTIGO.

TESTIMONIOS

IMPRESIONES

La primera vez que vi una imagen del PK. Yo debía tener 16 años. Pensé "que pereza de señor... tan anticuado, con esa barba..." me parecía distante.... Por otro lado el movimiento de Shoenstatt cada vez me parecía más interesante y procuraba mirar "con otro ojos" al fundador, pero nada, seguía igual de distante....



Creo que el primer paso lo dí en la cripta del santuario, con ese famoso "teléfono del padre"... verdaderamente parecía que estaba al otro lado del teléfono... Me atreví a pedir con él a la Mater algo por lo que teníamos mucho interés tanto él como yo... pasó el tiempo y salió adelante.... Me sentí muy unida a él, era una meta común por la que trabajar, él desde el cielo y yo desde la tierra. Poco a poco leí varias biografías tuyas pero lo que me hizo descubrirte fueron tus libros tan profundos, variados, modernos.... y poco a poco descubrí tu genialidad a la

hora de construir Shoenstatt, desarrollando una filosofía humana y cristiana que me cautivó y con la que me sentía muy identificada. La guinda la puso una de las Hermanas de María cuando me dijo que el mérito de verdad estaba en que él, en vez de sentarse a filosofar con lápiz y papel, se había limitado "nada más" que a dejarse guiar por María, aceptando lo que parecía la voluntad de Dios con la mano en el pulso del tiempo y el oído en el corazón de Dios. ¡Genial!

Sonia Arróspide
(Federación Española de Madres)

UNA CARTA AL P. KENTENICH

Mi querido P. Kentenich!

Me piden, que en este 1er. año dedicado al Padre, dentro del Trienio de preparación al Gran Jubileo del año 2014 en la familia de Schoenstatt, escriba algo sobre ti. Y pensando sobre el tema, he decidido escribirte una carta.

Te conocí en el año 1985 a través del Santuario de Pozuelo que se convirtió en mi Hogar, en mi Taller de oración y educación, no me atraían mucho los fundadores, sin embargo me cautivó tu historia de vida; tus dolores, tus soledades, tus miedos, tus limitaciones, tus carencias y muy especialmente la predilección y el amor de la Santísima Virgen hacia ti desde que tu madre Katharina, te entregó totalmente a Ella.

Esto, para mí en aquel tiempo, fue un rayo de esperanza para mi vida y mi nueva situación familiar. Te empecé a conocer a través de las novenas que las Hermanas depositaban en el Santuario, me las llevaba a mi casa y las leía y releía, también con mis hijos las rezábamos, te miraba y percibía tus actitudes y la autoeducación que se iba operando en ti, siempre abandonado en la total y absoluta confianza del amor de María hacia ti. ¡Cuántas alas me dieron estas actitudes tuyas! Aprendí a mirar a María como tú, sencillamente, con el corazón abierto, con confianza y un día me sentí mirada con amor por Ella.

A partir de entonces empecé a leer un poco más sobre ti, y te confié la paternidad y protección para mi familia y la figura de hombre sano, libre y santo que me acompañara allí donde fuera.

Te he encontrado siempre en el Santuario, allí sentía que desde el primer momento ya rezabas por mis hijos y por mí, aunque no coincidiéramos en el tiempo de vida aquí en la tierra, también en otras personas que Dios me ha ido regalando en mi vida; entre ellos Padres de Schoenstatt, Hermanas de María de Schoenstatt, laicos y otras personas que a través de sus vidas irradiaban tu paternidad, tu imagen de hombre autoeducado, y siempre con el corazón abierto hacia los demás.



Te quiero agradecer muy especialmente, cada viaje en los que me has invitado a conocer otros Santuarios fuera de Madrid y que han sido muchos, gracias a Dios. En cada Santuario me has ofrecido ser mi guía, mi anfitrión y ¡cuántas sorpresas me sigues preparando en cada uno de ellos! Gracias por querer seguir siendo mi Padre y protector siempre que lo necesito. Me encantaría verte ya en los altares, porque estoy muy orgullosa de ti y porque a mí me has regalado una nueva familia, la que siempre he anhelado, pero también me encanta ver cómo hijos espirituales tuyos ya están reconocidos por la Iglesia a la

que tú siempre tanto has amado y eso también es un reconocimiento a tu filialidad y pertenencia entera al Señor y a la Santísima Virgen.

Quiero que esta carta te llegue pronto y cómo hacías aquí en la tierra, sonrías y sigas atendiendo con tanta delicadeza y amor mis llamadas y necesidades.

Dile al Señor y a la Mater todo lo que tus hijos te queremos y mándanos al Espíritu Santo cada día para que, como a María, nos siga aumentando el anhelo de Jesús.

Envíanos cada día tu bendición paternal. Te quiere mucho, tu hija,

Maria Luisa Erhardt
(Federación Española de Madres)

CONVERSANDO CON EL PADRE

Me llamo María Teresa Bernabeu.

A lo largo de mi vida como schoenstattiana he tenido experiencias con el P. Kentenich muy vivificantes.

Desde el principio me sentí unida al Padre y no me costaba ningún trabajo conversar con él. Un día en Pozuelo me encontraba sola en la Cripta y como otras veces, sacando tarjetas, mantenía una conversación con el Padre.



Yo hablaba normal, como si él estuviera físicamente presente. Ya llevaba un ratito de conversación cuando sentí un ruido detrás de mí. Miré y allí estaba el P. José Manuel mirándome con una suave sonrisa y no sé si con curiosidad o interés. Me dio tanto corte que me volví hacia el Padre y le dije: "En otro momento seguiremos".

Cogí el bolso y me dispuse a salir corriendo. Entonces, la correa del bolso se enganchó en una silla, la silla se cayó al suelo, yo apenas atiné a ponerla en su sitio y me fui lo más deprisa que pude al Santuario.

Más tarde, el P. José Manuel me dijo: "María Teresa, yo creo que el Padre no quería que Vd. se fuera". Y yo le contesté: "También yo lo pensé después".

(Rama de Madres, Madrid)

EL PADRE KENTENICH Y YO

8 de Marzo 2011,
cumpló 41 años en España

Querido lector,

Hablar del P. Kentenich es hablar de su Schoenstatt. Lo primero que me atrajo de este lugar fue la sonrisa de una Hna. de María. Una sonrisa, la alegría del ambiente y la pronta y alegre actitud de la gente en servir. Schönstatt, schön quiere decir bonito en español. El P. K. destaca la importancia de la alegría porque para él, Dios es Padre y es un Dios de alegría! ¿Sabes de dónde brota toda esa alegría? Es debido a que todo el mundo es libre, no hay exigencias. El padre te enseña a descubrir que eres especial. Dios te ha creado así como tú eres, con tus dones y tus limitaciones, y tienes un ritmo original de crecimiento y de aprendizaje, sólo tuyo. Ah sí, te has incorporado a la escuela del padre y empiezas a cambiar. Aprendes a vivenciar que en muchos pequeños detalles día tras día, Dios te quiere. Aprendes a ver muestras de Su amor en tu vida aquí en Madrid, ya no sólo en Jerusalén. Ves que Dios te ama, aquí donde tú vives, en tu alrededor. Te manda cada detalle. Eres especial para Él y desaparecen una inseguridad tras otra al calor de este Sol. Tu amor hacia Dios, a su Madre y al Dios Trino, incluyendo las cosas que pertenecen al Mundo sobrenatural, cobra espacio en ti un poquito más cada curso "escolar".

Al final, te sale sin esfuerzo la necesidad de agradecer tanto amor. No te exige nadie, necesitas agradecerle. ¿Cómo? Hacer la voluntad del Padre Dios, nos enseña el PK. Él es tan poco amado. Todo despacito, todo tiene que ser orgánico, pero todo penetra tu existencia. Te empiezan a sobrar cosas materiales, en vez de pasar mucho tiempo en otros lugares ahora te encuentran cada vez más donde más feliz y contenta estás: en un lugar reservado para Dios, el Santuario.

El Santuario es el terruño del P.K., es el Centro del Padre, de Schoenstatt y es ahora el Centro de mi vida igualmente. Aquí me dio el PK a la Mater, mi gran educadora, mi madre, la que me cobija, me apoyó y me apoya, la que nunca me falló, la que está siempre para mí. ¿Tienes a una persona como esa en tu vida? Pues me condujo el PK hacia ese Tesoro, la Mater.



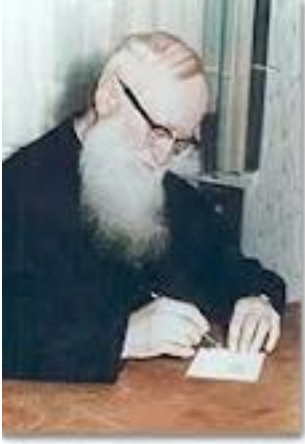
Pero Ella significa algo más. También y especialmente, la Mater es la que me eleva la existencia, la que amplía las dimensiones. Me ensancha el corazón y me hace ver claramente que Dios tiene una misión para mí y solamente yo lo puedo cumplir. El PK me enseña que al igual que él, no quiero ser solamente un señalizador en este camino. Todo lo que disfruto en Schoenstatt es mi gran legado a mi esposo, a mis hijos y ahora a mis nietas. Continuamente me sigo educando, sin cesar apoyo a Schoenstatt del P. Kantenich y vivo con la clara meta que juntos mi esposo, mis hijos y sus hijos, mis amigos, mis vecinos, todo el mundo que Dios me acerca a mí, se adhieren a esta familia alegre que es Schoenstatt.

¡Todo para Schoenstatt,
Schoenstatt para la Iglesia,
la Iglesia para Dios Uno y Trino!

¿Sólo mil? gracias Padre Ken, (como yo le llamo.)

Kohnie
(Rama de Madres, Madrid)

MI REGALO AL PADRE



Hace tiempo que caminamos juntos, diría mucho tiempo, pero yo todavía trato de conocerte.... Siempre me miras y hasta entiendo lo que me dices.... " Te lo dije ayer"... o " eso no deberías hacerlo"... a veces me felicitas por mis logros pero, vuelvo otra vez al principio ... y trato de conocerte. Tengo todas las referencias del mundo, libros, charlas, personas que te han conocido, pero... trato de conocerte. Es extraño que te quiera, que me fié, que te busque si aún trato de conocerte. ¿Sabes lo que pienso? Es la forma que la Mater utiliza para unirme a ti, y entre tú y yo me encanta! ¿Sabes por qué? Porque Ella me lleva al Santuario, en él, te encuentro ti, y ahí empiezo a pensar, si te lo digo, si tú puedes en ese momento calmar mi angustia, si te conozco bien, entonces es Ella la que me mira y dice: " Trata de conocerlo, merece la pena, déjalo formar parte de tu vida y veras lo que pasa " y sólo porque Ella me lo dice, yo te quiero, Padre, y trato de conocerte.

Una madre que te quiere y trata de conocerte.

Anónimo

LA MANO DEL PADRE KENTENICH

Desde hace ya un tiempo, no mucho después de introducirme en las actividades del Movimiento de Schoenstatt, una fotografía del Padre José Kentenich preside, al lado de la Mater, la cómoda de mi dormitorio. Es un retrato más de los muchos del Padre, en los que te contempla fijamente, con esa mirada penetrante tan característica, afable pero rotunda, que te requiere a buscar en tu interior. Pero la diferencia de ésta está en su mano derecha, que se levanta en escorzo, dirigida hacia ti, por delante de su peculiar, larga y blanca barba.

Con esta imagen me levanto cada día, y la observo y medito unos instantes, intentando conocer lo que a través del Padre como instrumento, María y Jesús quieren de mí. Sin embargo, desde que la sitúe en su lugar hasta hoy, lo que esta fotografía me transmite se ha ido progresivamente transformando. La idea que me suscitaba ya no es la misma.

Al principio resultaba inquietante, desasosegante diría, por cuanto la identificaba con la celeberrima representación del "Tío Sam" estadounidense, el que personifica el patriotismo, el que, con su dedo acusador y su frase "*I wantyou*", sigue requiriendo a los jóvenes para que se enrolen en el ejército al servicio de su país. El Padre fundador debía conocerla y querría usarla, porque le encantaba recoger las formas humanas que movilizaban almas, porque tenía grabado a fuego en su corazón que el lema "*Vox temporis, vox Dei*" (la voz del tiempo es la voz de Dios), era una realidad casi tangible. Aquí veía lo que otros no veían. Aquí veía como encender la heroicidad de los hombres de y para Dios.

Por eso, yo traducía esa fotografía del Padre como un "te requiero para la Obra de Schoenstatt, te necesito para ella", y yo en mi debilidad y temor sólo podía ofrecerle como respuesta mi disposición, aun cuando el rostro del Padre fuera afable y no el duro y hasta agresivo del símbolo americano.

Si bien, a medida que he ido conociendo al P. José Kentenich a través de sus escritos, de las vivencias de los que le trataron y le amaron filialmente, de las palabras de sus más fieles discípulos, ya no percibo esa mano igual. La he ido examinando, estudiando en sus detalles, la posición de los dedos, en conexión con su afectuosa sonrisa. Ahora me doy cuenta que en esa mano no hay un dedo índice que te apunta, como en la del "Tío Sam", sino que se dobla levemente, y que los restantes no se cierran en un puño, al modo de la de aquél, sino que se extienden sutilmente, reflejando un movimiento de atracción hacia él.



Siento que esa mano, y esa mirada, ya no dicen te quiero por necesidad sino por amor. Siento que esa mano me dice "ven conmigo, déjame que te acompañe y te señale el camino hacia María. Ven a educarte bajo su

protección en el Santuario. Haz de éste no sólo hogar sino también escuela para el hombre nuevo de una Iglesia nueva”.

Hoy esa mano es amorosa, es acogedora, respetuosa, sin duda. Es la mano que refleja el infinito amor y la infinita misericordia de Dios Padre. Y a mí me gusta imaginarla así, viendo al fundador como padre, maestro y guía en la misión espiritual que Dios le encomendó y a la que, para ella, él se dejó enseñar de la mano de María.

Miguel Lasso de la Vega Zamora



MI VINCULACIÓN AL PADRE KENTENICH

La historia de mi vinculación personal al P.K. no es muy distinta a la que he oído contar a muchos schoenstattianos. Yo conocí el movimiento en 1991, a través de quien hoy es mi mujer, Charo. Fue un doble enamoramiento: de ella y de Schoenstatt. Rápidamente me vinculé al Santuario y me cautivó la espiritualidad de Schoenstatt; no así su fundador.

Mi vinculación personal al fundador no fue gradual, sino instantánea e inesperada y se produjo en los primeros meses de 1995. Hasta entonces, mi sentimiento hacia la figura del P.K. no iba más allá del respeto, supongo que por lo que había ido descubriendo que significaba para otras personas del movimiento. Los textos que leía de él no me tocaban el corazón; y su imagen, con la larga barba, creo que me resultaba estafalaria.

Yo llegué al P.K. en el otoño de 1994, no con la cabeza, sino a través del corazón. En aquellos meses yo lo estaba pasando mal, no era algo importante y lo sabía, pero estaba sufriendo. Charo y yo solíamos ir a Misa los domingos a Pozuelo, y subía al Santuario buscando aliviar mi angustia. No recuerdo bien si hasta ese momento era habitual o no que bajáramos al oratorio situado bajo el Santuario. Lo que no olvido es que un buen día, al bajar allí, sentí como el P.K. se hacía cargo de mi agobio, como si me dijera: "deja que yo me haga cargo del fardo de tu preocupación". Y por primera vez salí de Pozuelo aliviado.

Desde entonces no concibo visitar a la MTA en el Santuario sin bajar también al oratorio. Allí abajo establezco y reviso los propósitos de autoeducación a largo plazo, en aquellos aspectos de mi vida en que la Providencia me hace ver que debo esforzarme en mejorar; propósitos que van más allá de un simple año. Y al P.K. le hablo de aquellas actividades, encargos y apostolados que desarrollo dentro del movimiento: le rindo cuentas de "sus cosas", ya que sé que él, desde el cielo, se encarga de las mías. Es mi alianza de amor con el Fundador. No necesito pedirle nada, ni a él, ni a la MTA. En mi oración no me gusta pedir nada para mí y es muy excepcional que lo haga; pero desde aquel día del invierno de 1995 tengo la firme convicción de que nuestro fundador se ocupa personalmente de cada uno de sus hijos espirituales. Y que es un regalo que todos tenemos reservado descubrir algún día.

Álvaro Obando. (Federación de Matrimonios)

Querido Padre Kentenich

Mi historia no es original puesto que muchos otros, llegado el momento, tampoco comprendieron a tu Iglesia, nuestra Iglesia.

Ya sabes que me fui. Sí, sencillamente dejé de practicar, eran demasiadas preguntas sin respuesta, demasiado agudo el dolor de la decepción, no pude más, me dormí sin quererlo, y al despertar... Dios ya no estaba en mi corazón.

Transcurrieron diez años, tal vez más, recuerdo haber hecho una confesión antes de mi boda para salir del paso más o menos dignamente... y luego un tiempo feliz ¿por qué no decirlo? Una apuesta por la vida, un proyecto que comienza, un amor que cuidar, la ternura de los niños... pero definitivamente la Iglesia, Dios y cualquier referencia a lo religioso habían sido desterrados de mi existencia ¿para siempre? Sí, llegué a aceptar con total sinceridad en mi interior, que las posibilidades de retorno se habían desvanecido por completo.

Padre Kentenich, por entonces no sabía de ti, ni de tu obra, Schoenstatt. Cuando tú nos dejaste yo era una niña con tan solo 3 años de edad, me gusta pensar que un hálito de tu ser alcanzó mi existencia, que de algún modo misterioso, entré en conexión con la cadena de amor que se derramaba desde tus manos hasta las mías.

¿Cómo se vive sin Dios? pues muy fácil, hay que preocuparse de que nuestro organismo funcione, lo que hoy llamamos "llevar una vida sana", que la mente trabaje adecuadamente, nuestro comportamiento ha de ser "adaptativo", para ello debemos examinar nuestro entorno, descubrir a quien te rodea, ser amable con los demás y preocuparte de que en tus relaciones, se dé un adecuado intercambio de "refuerzos" o, lo que es lo mismo, de favores. ¿Amar sin esperar nada a cambio? Eso es inhumano, pensaba... No hay que plantearse nada más, si duele vivir es porque tu comportamiento no es adaptativo, eliminas lo que molesta y continuas adelante.

Por entonces prometí desterrar el sufrimiento de mi vida, me dije a mí misma que el dolor, en la medida en que yo pudiera evitarlo, no me tocaría jamás. Claro que sabía que hay sucesos inevitables que nos pueden dañar, como la muerte de un ser querido, pero mientras eso no ocurriera, todo iría bien.

Estoy ahora describiendo los trazos de mi actuar en el pasado, no tan lejano, y me siento tentada a seguirlos porque era ciertamente feliz. Mi orgullo hacía que mantuviera una conducta más o menos digna... y, sin embargo, intuía que en mi existencia faltaba un sentido de la transcendencia ¿faltaba Dios? no exactamente, Dios era un testigo mudo en

mis afanes diarios, en realidad nunca negué que muy probablemente existía un ser superior, pero relacionarme con Él me parecía una locura, y mucho más ofrecerle mi vida y amarle, ¿cómo retornar a Él? Añoraba el calor de su compañía, la riqueza de su palabra, su mirada comprensiva –puesto que en otro tiempo le amé-... En definitiva, no entendía mi vida sin Él y sin embargo era ya un hecho cierto que el ateísmo práctico constituía la apabullante realidad de mi existencia. Cualquier intento de acercarme a Dios sólo me acarrearía tristeza. Y el peso imperceptible de una gota más de odio y desesperanza se destilaba, pura y aguda, en el silencio mi alma.

Conversaba con mi marido sobre lo que llamábamos “el gran salto” nos mirábamos y sonreíamos... eso no era para nosotros, apostar de nuevo por Dios, confiar en Él, saltar por segunda vez habiendo fallado en la primera era una insensatez, ya habíamos pertenecido a la Iglesia, lo habíamos intentado, nosotros estábamos exentos, ya Dios comprendería... No sentía culpa, me sabía perdonada porque no conseguía –ni con mil canciones de Martín Valverde- ablandar la dureza de mi corazón.

Y un día te hallé en el camino, llegaste a mí porque tus manos bendijeron otras manos que abrazaron otras manos que, con respeto y dulzura, me tocaron a mí. Joseph Kentenich, algunos me hablaron de ti, hombres y mujeres que, con su vida, manifestaban tu forma de ver las cosas, tu criterio, tu comprensión sutil, tu sensibilidad, tus desvelos por los tuyos... sin palabras me hablaban de ti pero yo todavía no te conocía.

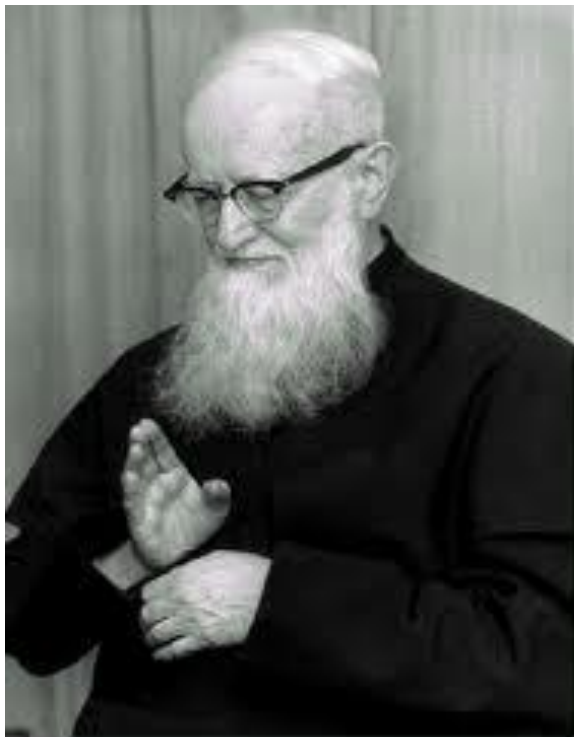
Hasta que cayó en mis manos uno de tus libros, “Textos Pedagógicos”, me parece que, a través de su lectura, has realizado un auténtico y profundo “acompañamiento espiritual” –como tú nombrabas a la dirección espiritual- conmigo desde el cielo. Porque tú me hablabas y yo te respondía, te ponía objeciones, aplaudía tus conclusiones, nos reíamos... fue divertido leerlo a tu lado. Me hablabas de Dios casi sin querer porque Dios estaba en ti, traspasabas todas las fronteras, porque la grandeza de Dios se desbordaba en ti, me regalaste libertad a raudales porque no temiste la fragilidad del hombre sino que lo engrandecías con tu constante confianza en su bondad. Fluía tu alma dentro de mi alma, como te gustaba expresar... Tus palabras se derramaban inquietantes en mi interior y, como breves caricias, tocaban el débil torrente de vida que todavía brotaba en el silencio aciago de mi alma. Rompiste los diques, se derrumbaron las barreras y todo se ha llenado de luz, de lumbre viva, del Dios viviente como a menudo le nombrabas...

En una ocasión leí una definición de libertad que me hizo pensar “ser libre es poder serlo” y tú, Padre querido, pareces decirnos desde el cielo “puedes serlo”

Podría hablar tanto de todo aquello que insinuabas y que yo, nunca me había atrevido a pensar... que la naturaleza humana es buena, que en lo más profundo del corazón humano, de toda persona, por vil que nos parezca, habita un vivo deseo de ser mejor... que Dios ama nuestra originalidad y peculiar forma de ser, de modo que hay que afanarse en cultivar nuestra personalidad, para ser más auténticos y responder así a esa insinuación que Dios desliza en el alma al crearnos... Muchas veces había escuchado que Dios nos ama y, en cierto sentido, es fácil afirmarlo pero descubrir el modo en que lo hace, como tú me has enseñado, y creértelo es una auténtica aventura en la que, ahora, para bien o para mal, me encuentro inmersa.

Y claro Padre, te ocupaste en saber Psicología y Pedagogía y Teología que es lo que el hombre del siglo XXI espera de un sacerdote, aunque tú nacieras en el XIX. No sé cómo lo hiciste porque no era fácil permanecer en la Iglesia, en nuestra Iglesia, pero gracias, porque por tu fidelidad otros pudimos regresar.

ANÓNIMO



GRACIAS

Padre,

cuando desde mi corazón te miro, una palabra viene a mí:

Gracias.

- por esperarme todos los años que huí de ti.
- por no reprocharme mis actitudes y actos
- por tu mirada de amistad y comprensión
- por tu silencioso apoyo y protección para mí y los míos.
- por haberme conquistado desde la libertad y el respeto.
- por educarme paternalmente.
- por estar ahí siempre que te necesito



PERO SOBRE TODO POR TU SÍ DE VIDA A DIOS PADRE, que hace posible mi lucha por amar como tú.

GRACIAS.

*A.N.G.
(Rama de Madres, Madrid)*

CARTA AL P.K.

Querido padre Kentenich,

Me cuesta escribir para tu libro de testimonios, porque realmente tengo poco que decir (lo mío nunca fueron las letras), aunque sí mucho que contarte, que compartir contigo, que agradecerte, que encomendarte . . . Pero desde el momento en que te digo "sí, Padre, voy contigo" y que te siento un padre cercano y amoroso que te preocupas de nosotros desde el cielo, es incuestionable que por tu cumpleaños algo hay que hacerte y ¿qué mejor que escribirte?

Te agradezco porque tú me has enseñado a hacer a María la Reina de mi vida. ¡Qué sería de mí sin Ella!. Ella es el sentido de mi vida. ¿Cómo vivir sin contar con mi Madre?. Ella me acepta como soy, me quiere incondicionalmente, desde la eternidad me eligió. .., soy la niña de sus ojos.

Y tú me muestras como Ella es la Reina que se corona en mi pequeñez. Cuando le digo "en tu bondad y en tu poder fundo mi vida, en ellos espero confiando como niño, Madre Admirable, en Ti y en tu Hijo, en toda circunstancia, creo y confío ciegamente. Amén"; hago más consciente el hecho de que Ella guía mi vida y me conduce. Con Ella todo lo podemos, Jesús nada le puede negar.



Gracias padre Kentenich por tu audacia, libre de temor a los respetos humanos; gracias por dejarte guiar siempre por la Divina Providencia y tener tu corazón abierto a lo que Dios quisiera, a pesar del dolor, la incertidumbre y el sufrimiento.

También gracias por tus oraciones tan bonitas, por el Hacia el Padre, por ese legado que tanto nos ayuda a acercarnos al Señor y a la Mater.

Si Dios quiere serás canonizado, porque milagros, los haces todos los días (¿cómo no vas a pedir a María por tus hijos?), pero como lo tuyo no son los milagros físicos y los hombres necesitamos ver para creer. . . . Pero yo sé que tú estás en el cielo, que siempre has querido muchísimo a María y que con un hijo así ¿cómo no se va a derretir nuestra madre y a concederte lo que le pidas?

También sabes que aunque tengo fe, te pido que me ayudes a creer, porque soy tan débil y necesito tanto ser transformada . . . Ayúdame a que como los primeros congregantes me deje educar por María.

Te tengo encomendadas unas intenciones muy especiales que sé que trasladadas a nuestra querida madrecita para que Ella sea la que se preocupe y con todo el amor conduzca a las personas encomendadas.

Gracias por querer ser mi padre, por lo que me cuidas y conduces. Ayúdame a ser más dócil para que el Alfarero pueda moldearme.

Con todo mi cariño, tu pequeña hija.

PD: quedamos en eso, permanecemos fieles.

(Anónimo)



Al Padre Kentenich



Hace unos años.....:

¡Cuántas cosas ocurren en la vida y no sabes por qué ha sucedido así!

A veces quieres encontrar la respuesta enseguida, y eso es una equivocación. Parece, que con el paso del tiempo, las respuestas a muchas preguntas llegan muy tarde, o no llegan, pero yo creo que eso no es así, llegan cuando es el momento de que uno entienda la respuesta. Ése es el momento.

Gracias a la Mater y al Movimiento de Schoenstatt, he podido entender muchas de las preguntas que me he hecho a lo largo del tiempo. Quiero agradecer al P. Kentenich la fundación del Movimiento de Schoenstatt y todo lo que hizo por ello: los Santuarios, la forma de educación en la formación de los Padres y las Hermanas,...ya que todos ellos, has sido de gran ayuda y decisivos en mi vida.

Espero y confío que mucha gente le siga, pues hizo cosas maravillosas. Conocemos su historia, su complicada vida, y lo que tuvo que pasar, pero también, cómo la Mater le fue transformando gracias a su fidelidad, para ser instrumento para el mundo.

Abandonémonos, y dejémonos llevar.

Las cosas ocurren, cuando tienen que ocurrir.

Las cosas tienen respuesta, cuando llega el momento de comprenderlas.

Sólo tengo que decir: Gracias.

Mica, Noviembre 2011

MI ENCUENTRO CON EL PADRE KENTENICH

Mi primer encuentro con el Padre Kentenich tuvo lugar en el año 1985, año en el que en la Familia de Schönstatt se celebraban los 100 años de su nacimiento. Supongo que esto no fue casual, y que en ese año de gracias muchas personas pudieron acercarse a él y encontrarse personalmente con él. Acababa de entrar en un grupo de jóvenes y ese verano trabajé como voluntaria en Schönstatt (Alemania), durante el encuentro internacional que tuvo lugar allí con motivo del Centenario del Padre. Aunque había estado más veces en Schönstatt, no sabía mucho del Padre Kentenich y, para ser sincera, no tenía especial interés en conocerle más. Es más, me ponía un poco nerviosa que cada vez que visitaba una casa las Hermanas eran capaces de decir exactamente las veces que el Padre había dormido allí, los días que había pasado, o las misas que había celebrado. Estando allí me invitaron a unirme a una peregrinación de mejicanos que iba a viajar a Dachau en autobús. Éramos tres españolas y justo quedaban tres plazas libres, así que decidimos apuntarnos, no tanto por el contenido religioso del viaje en sí, sino porque era una oportunidad de viajar por Alemania, conocer el campo de concentración y pasar unos días con gente interesante.

Recuerdo perfectamente mi impresión cuando llegamos al campo de concentración. Era un día otoñal, bastante fresco, con viento. Después de visitar el Museo del campo, donde uno puede contemplar las barbaridades que sucedieron allí, nos llevaron al Patio de llamada, la gran explanada abierta que se situaba entre los edificios del campo y los barracones de los presos, donde estos debían formar cada mañana. Cuando un preso faltaba al pasar lista, porque había huido o había muerto y aún no se sabía, los prisioneros eran obligados a pasar de pie el tiempo que fuera necesario, a veces horas, con su pijama de algodón y sus zuecos de madera, hasta que se descubría lo sucedido. Ese día era de otoño, pero ¿qué sería esto en pleno invierno? Me imaginaba al Padre allí, en ese horror, y pensaba: ¿cómo una persona puede pasar casi cuatro años aquí, no sólo sin volverse loco, sino viviendo con absoluta paz y siendo un apoyo para los demás, como si nada ocurriera a su alrededor? Y me dije: "si el Padre Kentenich fue capaz de vivir aquí así, yo quiero conocerle. Quiero saber su "secreto".



Hay un aspecto del Padre que siempre me ha llamado la atención y me ha acercado mucho a él: su capacidad para hacer que el otro se sienta profundamente amado y valorado. Cuando alguien se acercaba al Padre Kentenich, él era capaz de transmitir con su forma de ser y de recibirle, que esa persona era lo más importante para él en ese momento. Esto es

algo que siempre he admirado profundamente de él, y que muchas veces le he pedido como gracia para mí. Así debe ser Dios, nuestro Padre, así de importantes somos para Él.

A lo largo del tiempo he ido acercándome a su persona, leyendo sus escritos, cultivando mi vinculación personal a él. Soy hija de Schönstatt, y por tanto, hija espiritual suya, y no puedo más que agradecerle por su ejemplo de santidad y su fidelidad al carisma y a la misión que Dios le confió. A través suyo he podido conocer a María y descubrir y participar en la gran tarea que Ella tiene en la salvación del hombre de hoy. Él me ha enseñado a amar a la Iglesia y a servirla allí donde esté.

Ahora que soy madre y profesora, me he acercado a otra faceta suya, la de educador. Muchas veces le pido, ante situaciones concretas, que me ayude a conocer a los que Dios me confía, a llegar a ellos, a conducirles y a lograr sacar de ellos todo lo bueno que Dios ha puesto en sus corazones. Y me pregunto: ¿Cómo haría el Padre en esta situación? ¿Qué haría con esta persona?

Creo que la vinculación al Padre hay que cultivarla, como se cuida la relación con un amigo, y a veces no es fácil. Pero, ¿cómo hacerlo y cómo crecer en ella? Hace poco escuché un consejo que uno de los primeros Padres de Schönstatt, el P. Tick, dio al segundo curso de matrimonios del Instituto de Familias, y que me ha ayudado: "Todos los días: mirar al Padre Kentenich, decirle unas palabras, hacer algo por él y pedirle su bendición".

Hay, por último, un "pequeño deber" que considero que todos los schönstattianos tenemos, que es rezar por su canonización. Aunque realmente pienso que su canonización implica para nosotros mucho más que simplemente rezar por él. Supone luchar nosotros diariamente por nuestra propia santidad. Si estamos convencidos de que Schönstatt es un camino de santidad para el hombre de hoy, debemos demostrarlo con nuestra vida. Nuestro Padre será canonizado en Roma, por nosotros, cuando nosotros seamos santos.

Teresa Mazón Born
(Instituto de Familias de Schönstatt)

NUESTRO PADRE JOSÉ KENTENICH

Allá por el año 1979 empecé a tener noticias del padre José Kentenich. Fue en un grupo de matrimonios con inquietudes muy variopintas pero con una bonita vinculación mutua. Y allí empezamos a tratar de conocer a esta personalidad, a quien ya comenzábamos a llamarle, más o menos convencidos, "nuestro padre". Era un imperativo conocer al fundador del Movimiento en el cual tratábamos de incardinarnos. Y así comencé, con un adentrarme en su carisma de una forma puramente intelectual, no sin cierta curiosidad. ¿Por qué había tantas personas que seguían a este personaje? ¿Era puro fanatismo, un seguimiento al líder por ser líder, una manipulación de masas a través de lo afectivo, de los sentimientos? ¿Qué había detrás de todo ello?

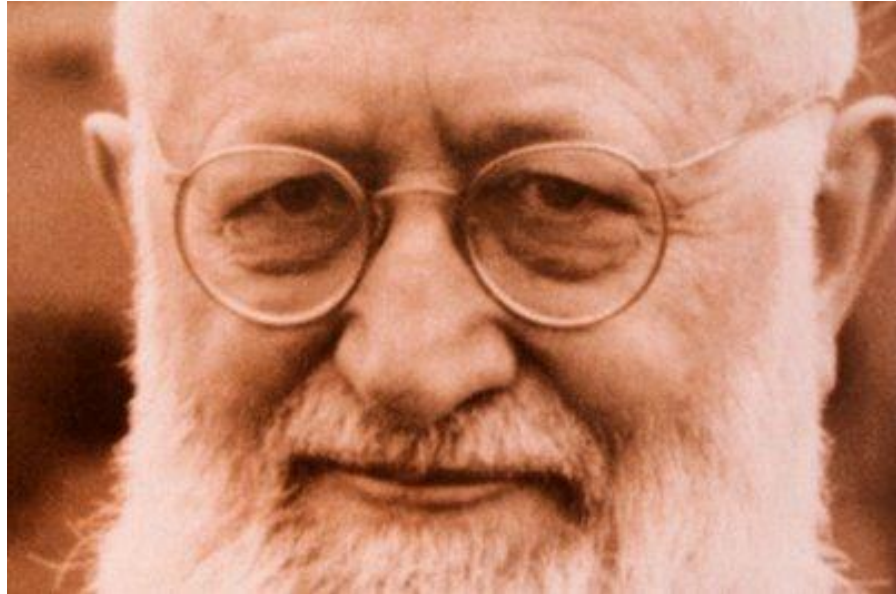
De las primeras cosas que encontré fue el concepto de libertad y la forma de aplicarlo en la práctica. Y entonces me quedé, literalmente, con la boca abierta. ¿Cómo era posible aquello? Acostumbrados a un mundo en donde el que está por encima, en el campo que sea, usa su poder con el ordeno y mando y al subordinado no le queda sino callar y obedecer, aparece un hombre que dice ¡no! La dignidad de la persona no puede tolerar esa situación. Cada acto de sumisión tiene que estar motivado por una aceptación voluntaria. Si empuño los remos de una embarcación es porque sé que debo hacerlo, que es necesario que lo haga, no porque me lo ordenen (aunque exista la orden). La libertad no es una rebeldía ante lo mandado, sino un discernimiento de lo mandado y un adherirse, o no, hacia ello. La no adhesión no implica el no realizar lo mandado, sino no adherirse a la responsabilidad consecuente con la realización. Y esto no solo hacerlo interiormente, sin que se "note" hacia fuera, sino todo lo contrario, ponerlo de manifiesto, con franqueza. Quizá en esta franqueza es donde estribe la mayor dificultad. Y el padre así lo hacía, no solo lo predicaba, sino que lo vivía: por todo esto, ante él me inclino con admiración.

Otro aspecto que me cautivó fue la manera que el padre tenía de usar su poder. El padre tenía un poder inmenso; no tanto un poder estructural, que también, sino un poder de personalidad, de psicología, de metafísica, de pedagogía... Tenía la capacidad de captar certeramente la personalidad de otros, llegaba al interior de las personas y lograba crear un ambiente con ellas de una gran cercanía. Las personas con él se encontraban, en un contacto personal, como en un remanso de paz. Cualquiera de nosotros, con mucho menos poder, seguramente lo emplearíamos (o quizá lo estamos empleando) de forma abusiva: queremos que los otros hagan lo que decimos que deben hacer, que piensen como nosotros, que sean como nosotros queremos que sean, etc. Es decir, todos tenemos una fuerte tendencia a manipular, consciente o inconscientemente, y solo la reflexión permanente nos puede dar luz para librarnos de ello. Pero el padre no actuaba así. Él indicaba caminos, sugería, aconsejaba, pero no imponía nada, ni actuaba de forma coercitiva, sino que esperaba hasta que los demás lo captaran y aceptaran si querían; escuchaba, aceptaba opiniones y puntos de vista, valoraba positivamente muchas cosas de entre los suyos y más allá. Estaba siempre abierto y alerta a las corrientes que surgían y procuraba animarlas de vida. Y cuando había algo muy concreto con alguna persona, le decía que reflexionara sobre ello y lo aceptara o no según su

criterio, y no porque él se lo había indicado. Para mí esto es indicativo por parte del padre de un respeto inusitado hacia la personalidad, dignidad y libertad del otro. Y si, en este campo, contemplo las cosas que ocurren a nuestro alrededor tengo que decir: ante él me inclino con admiración.

He dado un par de pinceladas, muy someras y livianas, sobre nuestro padre. Pero no quiero despedirme sin mencionar que la pedagogía que él enseña es de una calidad y hondura extraordinarias y que todos deberíamos estudiar muy a fondo. Y otras muchas cosas. Pero aquí lo dejo.

J.A.B.



UN REGALO AL PADRE KENTENICH

Leo que en memoria al día en que nació, se recopilan testimonios sobre las vivencias del Padre Kentenich para ofrecérselas como un regalo. Bueno pues, aunque pequeña y todavía la de alguien que le está descubriendo, no puedo evitar el deseo de sumarme a hacerle este pequeño regalo.

Fue leyendo la novena Audaz en el Riesgo del Padre que entré en contacto con él. En ella leí que desde el cielo podía abrazarnos a todos los que quisiéramos acogernos a él, como había acogido individualmente estando en vida a tantos que testimonian de ello. Lo leí y lo creí. Y pensé para mi "menuda suerte la nuestra"!! A partir de allí, inicié un diálogo con él, en su oratorio, ante esa preciosa foto en la que te mira tan de frente.

Reflexiono en los grandes momentos de su vida, y descubro cómo él es el que mejor puede enseñarme a abandonarme en las manos de la Mater, aprender a confiarme en Ella como él lo hizo.



Más adelante, preparábamos nuestra Alianza de Amor con la Mater, mi marido y yo, y me di cuenta de que todo, el Santuario al que acudo a encontrarme con la Mater y del que salgo con fuerzas renovadas para la misión, la propia presencia de la Mater, la familia de Schoenstatt... todo fue por él. A él le doy las gracias por este legado, esta donación que a mi hoy me ha supuesto y me supone tanto.

Inés

ERES MI PADRE

Eres mi Padre desde hace tanto tiempo que ya casi no recuerdo cómo eran las cosas cuando aún no contaba contigo.

Eres mi Padre gracias al primer gran regalo que el Buen Padre Dios me hizo con mi padre aquí en la tierra. Un hombre que tras su encuentro espiritual contigo se esforzó por ser un transparente de tu paternidad y de tu amor, haciendo que mi vinculación contigo resultara fácil.



Eres mi Padre porque pude encontrarte en los sacerdotes y las hermanas que empezaron a descubrirme el mundo de Schönstatt y a educarme en él.

Eres mi Padre porque al leer sobre tu vida, tus escritos, sentí por ti una profunda admiración y un enorme respeto. Empecé a mirarte sin prisas a los ojos, a charlar contigo, a rezar contigo. Entraste en mi mente, en mi alma. Te hiciste un hueco en mi corazón y allí permaneces.

Eres mi Padre porque cuando tuve la oportunidad de peregrinar a Schönstatt, ese lugar "donde el cielo toca la tierra", pude conversar con personas que te conocieron en vida, pude escuchar cuánto te admiraban, cuánto te amaban y lo especiales que las hacías sentir cuando conversaban contigo porque te interesabas por todo lo suyo.

Eres mi Padre porque conmigo hiciste lo mismo y lo sigues haciendo. Me acompañas cada día, me guías, me consuelas, me sostienes, compartes mis alegrías, me bendices y, a través de tu teléfono, me ofreces la palabra adecuada en el momento oportuno

Eres mi Padre porque me haces sentir tu hija querida. Me has regalado una Madre. Me enseñas a abandonarme en sus brazos y a reposar en su corazón. Me enseñas a descubrir sus deseos y la voluntad del Buen Dios. Mi vida no sería la misma sin ti.

Sí, eres mi Padre y te estoy agradecida.

Gracias, por ser hijo y dejarte conducir por nuestra Madre Tres Veces Admirable.

Gracias, por educarme y permanecer a mi lado.

Gracias, porque siempre te encuentro en el Santuario.

Gracias, por actualizar con tu vida el SÍ de María y descubrirme un camino de vida que, contigo y con nuestra MTA, puedo seguir.

¡Gracias, Padre!

Elena Lohmüller
(Rama de Madres)



VIVENCIAS DE UN PADRE



Nuestra experiencia del Padre, fue ya en nuestro noviazgo. La Familia de Schoenstatt de Madrid preparaba la construcción de un lugar especial de encuentro con él, en los cimientos del Santuario, donde estaba la sacristía; cerca de María, nuestra Madrecita.

Nosotros le encomendamos nuestro noviazgo y pusimos en sus manos todo lo que Dios quisiera de nosotros, nuestro proyecto de vida.

Teníamos un encuentro con él todos los domingos y a veces también entre semana, porque sentíamos que él quería un encuentro con nosotros y que preparásemos ese lugar, "su habitación" con todo nuestro cariño y entrega. Nos unimos a la Familia conquistando espiritualmente las piedras que revestirían las paredes de aquel Oratorio, todas diferentes pero todas albergando a quienes llegaban hasta el Padre. Así fue él quien nos orientó en los momentos de confusión y duda sobre nuestra vocación y también en los momentos de Tabor y en los de Calvario de nuestra vida matrimonial, porque en esa habitación firmamos nuestro matrimonio y le encomendamos a él nuestro caminar. Después de más de 30 años, Dios nos ha regalado 6 hijos y la alegría de saber que contamos con este padre que nos acompaña espiritualmente porque nos sentimos hijos suyos. Le hemos ofrecido nuestra vida, con todo lo que en ella se está moviendo bajo nuestros pies y simultáneamente la realización de un proyecto apostólico apasionante que como "hijos ayudantes suyos" aceptamos y queremos vivir con intensidad y con la total certeza, que él, como Padre, nos está guiando desde Arriba. A veces como humanos, nos sentimos sobrepasados por tantas cosas que no entendemos, pero tenemos la seguridad, que es el camino que desde siempre, nos tenían preparado para que sepamos vivir nuestro Ideal matrimonial y la lucha por ESE HOMBRE NUEVO que tenemos que plasmar hasta en los más pequeños detalles de nuestra vida cotidiana y que anhelamos desde nuestra juventud.

No vamos a engañarnos, a menudo resulta difícil, dar un salto en el vacío, y abandonarnos en las Manos del Buen Dios, pero queremos dejamos guiar por este Padre, que nos ha enseñado con su vida a "sujetarnos fuertemente de la mano de María, como Cristo lo hizo.

Padre, tu familia de Belén siempre fiel.

REGALO AL PADRE KENTENICH



Querido Padre,

MUCHÍSIMAS FELICIDADES. Queríamos decirte que pedimos para que todos tus anhelos desde el Cielo se cumplan, especialmente por tu Obra, por toda la familia de Schönstatt en España y el mundo.

Queremos darte las gracias por ser para nosotros un Padre bueno, cercano, amoroso y fiel. Te encontramos en el Santuario Hogar, donde tú estás junto a la Mater. Gracias por venirte a casa con nosotros. Ayúdanos a ser una familia alegre, acogedora, generosa y siempre muy cerca de la MTA y de Dios. Gracias por contar con nosotros para extender tu Obra. Fidelidad por Fidelidad. Gracias por el Santuario, por tus corrientes de coronación, por tus pedagogías, por Schönstatt.

MUY FELIZ CUMPLEAÑOS

Unidos en la Alianza y en la oración. Con muchísimo cariño.

Familia Ventas.

CARTA AL PADRE JOSÉ KENTENICH

18 de Noviembre de 2011

Muy querido Padre Kentenich,

Sabiendo el respeto que siempre me merecen las sotanas y los alzacuellos, seguro que le va a extrañar mi peregrina pregunta: ¿Puedo tutearle?



La razón es muy sencilla: en su caso, perdón en "tu" caso, la cercanía, la seguridad, el entendimiento, el afecto profundo y el camino compartido han creado una línea de confianza que me lleva a reconocerte y a tratarte como padre.

Antes que tú, me salió al encuentro el Santuario con María, que me había salido al encuentro... desde siempre.

Pero, luego, tu presencia, recia y afable, se me fue imponiendo a medida que descubría tu visión profética y tu misión apostólica; a medida que, abrazada a mi fe sin sobresaltos, veía con mayor claridad, sentía con mejor verdad y mi esperanza se afianzaba venciendo miedos.

En el Santuario se abrieron mis ojos, y mi alma, no a una doctrina nueva sino a esa mirada tuya sobre el universo a la que decidí adherirme. Poco a poco, desde mi insignificancia vestida de libertad, pude entender con asombro la inmensidad de nuestro Dios y su amor, igualmente inmenso, por el hombre que Él creó y al que ha querido hacer partícipe principal en la historia de salvación. Y, siempre unida a tu mirada e impulsada por la de María en el Santuario, fui acogiendo en mi vida y en la de mi familia – mi esposo, mis hijos, mis nietos... – buena parte del legado que quisiste regalar a las generaciones que iban a seguirte: Alianza de Amor, oraciones, textos, ideales, medios ascéticos, proyectos de apostolado, vocaciones, recursos pedagógicos, líneas de espiritualidad... todo lo necesario para adentrarse en un camino de santidad, y seguirlo.

Además de todo esto, querido Padre, nos has dejado una amplia comunidad familiar: una familia de seres libres que se han adherido a esa mirada tuya sobre el universo, que se respetan unos a otros, que se aman y que, confiados de la mano de María, avanzan hacia el Dios Trinidad.

Muchas gracias, Padre Kentenich y ¡feliz 18!

M^a Rocío Muñoz de la Peña (Grupo "Familias del Padre" de la Liga Apostólica de Familias de Madrid)